

LA SOMBRA DEL DIRECTOR

Por **RUT WILSON KELSEY**

EL SR. WESTON se paró frente al aula repleta de alumnos y alumnas del séptimo y octavo grados.

Era el director de la escuela de iglesia de Lake Side, y era también el maestro de música. La mayoría de los alumnos lo querían, porque era un hombre sonriente y de modales agradables. Pero todos sabían que el Sr. Weston tenía maneras muy originales de conseguir que se hicieran las cosas.

-Buenos días, alumnos -saludó a los estudiantes del séptimo y octavo grados en ese día inolvidable-. Estoy seguro que Uds. se dan cuenta que sólo faltan pocas semanas para terminar las clases. Como acostumbramos hacerlo, estamos planeando un programa para la graduación del octavo grado. Uds. van a tener una parte especial en él. He elegido tres coros muy lindos para esa ocasión.

El Sr. Weston ignoró unos quejidos que se oyeron por lo bajo, de los muchachos que estaban en la última fila. Provenían de los cuatro muchachos que tenían las mejores voces del aula. Especialmente Heriberto tenía una voz rica y melodiosa. Cuando él decidía cantar, todos los muchachos cantaban. Cuando él no lo hacía, Carlos, Alfredo y Evaristo tampoco lo hacían. El Sr. Weston esperaba que todo el coro cantara en ese programa, y así lo dijo.

Levantando una hoja de música, explicó:

-Comenzaremos con un canto de primavera. Creo que les va a gustar. Es sencillo pero muy melodioso. La Srta. Oliver lo va a tocar mientras los monitores distribuyen la música. Vamos a tararearlo antes de cantar las palabras.

Cuando Heriberto recibió su hoja de música, en seguida la dio vuelta al revés. Los tres muchachos que lo estaban observando hicieron lo mismo. Aun así el canto de primavera salió bastante bien, porque todas las niñas cantaron con entusiasmo, y algunos de los muchachos hicieron lo mejor que pudieron.

-Por ahora es suficiente -dijo el Sr. Weston-. Vamos a ensayarlo otra vez mañana de mañana y quizás comencemos con el segundo número.

Cuando salieron al recreo, Heriberto y sus camaradas se miraron y se rieron.

-Oye, Heriberto -dijo Carlos-, ¡cómo le habrán gustado al Sr. Weston nuestros gorjeos esta mañana!

-¡Oh! tuit, tuit -respondió Heriberto disgustado-. ¿Quién quiere cantar de los pajaritos que vuelan y de las hojitas que brotan? Puede ser que ese canto les interese a las niñas pero a mí que no me vengán con nada de eso.

-Eso es lo que yo digo -dijeron los demás.

-Yo no creo que el Sr. Weston notó que no cantamos -comentó Alfredo.

-No te creas. Lo notó -dijo Heriberto-. Pero, ¿qué puede hacer él cuando cuatro de nosotros nos unimos?

En eso se les acercaron Delia y Florencia.

-Uds. tendrían que tener vergüenza -les dijo Delia-. No cantaron ni una sola nota, y se creen que es una gran viveza.

-Claro que es viveza no cantar cuando uno no quiere cantar. ¿Por qué tenemos que hacerlo? -dijo Heriberto mirándolas con desdén.

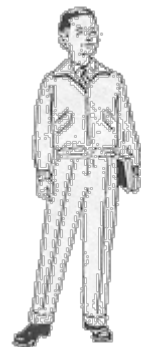
-Lo que quieren es echar a perder nuestro programa, ¿no es así? -continuó Florencia-. Espero que el director no les deje salir con la suya.

-¿Cómo se las arreglaría él para hacer que queramos cantar? -preguntó Alfredo.

-Puede ser que él los haga cantar, quieran o no -les aseguró Delia dirigiéndoles una mirada fulgurante, mientras se alejaba con su compañera.

-Que lo pruebe -le gritó Heriberto y los otros tres le hicieron eco-. ¡Sí, que lo pruebe!

Al día siguiente, de mañana, cuando Heriberto llegó al patio de juegos de la escuela, sus tres compañeros lo estaban esperando.



-¿Vas a gorjear lindo para el Sr. Weston esta mañana? -le preguntó Carlos sonriente.

-Espero hacer tanta bulla como tú -le respondió Heriberto.

-Esas chicas sí que están enojadas con nosotros -comentó Evaristo.

-¿Te refieres a Delia y a Florencia?

-No sólo esas dos. Todas las niñas del aula. Están realmente furiosas con nosotros -recalcó alegremente Alfredo.

-¡Muy bien! Que sigan así -afirmó Heriberto echando a correr hacia el aula cuando tocó la campana.

Cuando estaba por entrar, la Srta. Oliven le dijo que el Sr. Weston quería verlo en su oficina.

Supongo que me dirá que debo cantar, pensó Heriberto para sí, mientras iba cruzando el vestíbulo.

¿Cómo se imaginará que podrá hacerlo? Entonces recordó de pronto que su padre era miembro de la junta escolar y también era diácono de la iglesia. Iba a ser humillante retractarse, pero no le quedaría otro remedio. Pero, al fin y al cabo no era el único que no había cantado el día anterior. Y pensando así, llamó suavemente a la puerta de la oficina del director.

-Pase -oyó Heriberto y, cuando entró, notó que el Sr. Weston estaba muy ocupado en su escritorio-.

Toma asiento. Voy a atenderte en un instante -le indicó el director.

Heriberto se quedó allí sentado, pensando. Me va a amenazar con decírselo a papá; entonces le voy a hacer recordar que en este asunto había otros tres muchachos.

Cuando el Sr. Weston terminó lo que estaba haciendo en el escritorio, se puso de pie y le dijo:

-Bueno, Heriberto, hoy vas a tener un poco de ejercicio. Vas a ir conmigo dondequiera que vaya. El primer lugar donde iremos será el aula del noveno y décimo grados donde enseño historia a esta hora. Ven. Cuando yo me ponga de pie, tú te pondrás de pie y cuando me siente, tú te sentarás. Durante todo este día serás mi sombra.

Heriberto miró pasmado al Sr. Weston.

-Ud... ¿Ud. quiere decir que yo tengo que... acompañarlo todo el día?

-Eso es exactamente lo que quiero decir. Ven -y salió caminando adelante para cruzar el vestíbulo.

No se dijo una sola palabra acerca del canto. Eso era terrible; Heriberto pensaba que era aún peor que si su padre se enterara. ¿Por qué lo molestaban así? ¿De dónde sacaría el coraje para sentarse delante del noveno y décimo grados? ¡Oh, no! ¿Tendría también que quedarse de pie delante de aquellos alumnos?

Cuando entraron al aula, a Heriberto le quemaba el rostro y estaba seguro que lo tenía tan rojo como un tomate. El Sr. Weston saludó a la clase con una sonrisa amable y un amigable "buenos días", y actuó como si estuviera solo. A poca distancia estaba Heriberto, pero su expresión distaba mucho de ser placentera. Esos muchachos y chicas se enterarían de que se hallaba en problemas. Procuró no mirar a nadie pero no pudo menos que advertir las sonrisas y las guiñadas disimuladas que se cruzaron entre los alumnos.

Cuando finalmente el Sr. Weston se sentó frente al escritorio, Heriberto se sintió feliz de poder hundirse en una silla. Aunque no levantó los ojos del suelo, sintió que lo miraban docenas de ojos. Esa fue la clase más larga de su vida. Cuando sonó la campana, experimentó una sensación de alivio, que sólo le duró unos instantes porque, al echar una mirada al reloj, nota que era la hora de la clase de música en su propia aula. Con toda seguridad sus compañeros sabrían bien por qué tenía que seguir al Sr. Weston. Esa sería la cosa más humillante que podría ocurrirle durante todo el día. Debía encontrar una forma de eludirla.

La Sra. Erving, profesora de lenguaje, entraba en el aula que el Sr. Weston abandonaba. Heriberto tuvo que seguirlo. Durante cada instante que le llevó cruzar el vestíbulo, trató desesperadamente de pensar en alguna manera de librarse de esa prueba. Justamente antes de llegar al aula se le ocurrió que podría decir que se sentía enfermo y que tenía que volver a la casa; pero ya era demasiado tarde. El Sr. Weston entraba en el aula, y lo mismo hacía Heriberto.

Oyó que entre las chicas se oían risitas reprimidas y vio que se cruzaban miradas significativas. Usando de mucha cautela, miró a sus amigos de la última fila, y notó que estaban serios. No atreviéndose luego a mirar más lejos que la punta de sus zapatos, se preguntó si esa mañana sus amigos cantarían. Pronto el aula se llenó de música y en los oídos de Heriberto sonó la alegre melodía del canto de primavera. Todas las chicas y la mayoría de los muchachos cantaban con mucho entusiasmo.

¿Cantarían también sus amigos? Volvió a mirar a los muchachos de la última fila. No, no estaban cantando. Le permanecían leales. ¿Eran inteligentes o tontos? ¿Tendrían que turnarse para ser la

sombra del director?

La clase de música le pareció dos veces más larga que de costumbre. Practicaron varias veces el canto de primavera, y luego ensayaron el canto nuevo. El pobre Heriberto estuvo de pie delante de sus compañeros durante toda la clase porque, naturalmente, el Sr. Weston no se sentaba mientras dirigía el canto. Nunca lo hacía. El sonido de la campana nuevamente lo alivió porque pensó que por fin abandonaría el aula.

Sentía que toda la cabeza le quemaba. Tenía la boca y la garganta secas. Quizás el Sr. Weston le permitiría tomar un sorbo de agua, pero no quería pedirselo. El Sr. Weston también debió haber estado sediento, porque se detuvo a beber en la fuente, y se quedó parado al lado mientras Heriberto bebía un buen rato. Luego fueron al aula del quinto y sexto grados, y Heriberto tuvo que soportar otro largo período de música.

Pensó que quizás durante el recreo se lo dejaría en libertad, pero no. Tuvo que quedar de pie junto al Sr. Weston mientras éste vigilaba el juego de pelota de los muchachos.

A mediodía Heriberto siguió al Sr. Weston a su oficina. Allí se le dijo que irían a buscar la merienda de Heriberto al vestíbulo donde cada alumno la guardaba en su compartimento con llave.

-No quiero comer nada -anunció Heriberto de mal humor.

-Como tú digas -le respondió el Sr. Weston, y tomando su propia merienda de un estante, se sentó de espaldas a Heriberto y se la comió. A las doce y treinta se levantó, y Heriberto lo siguió a un aula donde había varios otros maestros reunidos para discutir algunos planes para el programa de graduación. Le resultó aburrido quedarse allí sentado con aquellos maestros que aparentemente no notaron su presencia, aunque él tenía la certeza de que eran conscientes de ella.

Cuando el día largo y cansador finalmente terminó, Heriberto estaba frente al Sr. Weston en su oficina.

-Bueno, Heriberto -le dijo el Sr. Weston-, estoy seguro de que éste ha sido un día difícil para ti, y espero que no lo olvides muy pronto. Estoy seguro también de que no ignoras la razón de este día.

-Yo no era el único que no cantaba -le respondió Heriberto malhumorado. El Sr. Weston lo miró por un buen rato.

-Tú sabes muy bien que los demás hubieran cantado si tú lo hubieras hecho. Tú has recibido el don de una hermosa voz que podría ser una bendición para los demás, pero en lugar de usarla como una bendición haces que se torne en un obstáculo para otros. Parece que también posees el don de dirigir, y eso es algo bueno si lo haces en la debida dirección. Ya eres bastante grande como para empezar a pensar en lo que deberías hacer con tus talentos, sentirte agradecido por ellos y emplearlos para una causa noble. Ahora puedes elegir entre dos cosas: pasar otro día como éste, o prestar tu completa colaboración en los coros -y poniéndose de pie le sonrió bondadosamente y añadió-: puedes retirarte y espero que disfrutes de una buena cena.

Heriberto salió apresuradamente de la oficina del director como si se hubiera librado de pesadas cadenas. Sentía un apetito atroz. Tenía la esperanza de que nadie lo viera. Pero afuera de la puerta de la escuela se encontró con sus tres amigos que lo esperaban.

-¿Cómo saliste? -le preguntaron.

-Bueno, como ven, vivo y coleando. Pero no se sorprendan si mañana comienzo a cantar como una bandada de pájaros. Y si quieren ser mis camaradas, canten conmigo.